



INSTRUCCION

ACERCA DEL JUBILEO.

Peenitemini igitur, & convertimini ut deleantur peccata vestra.

Haced penitencia, y convertiros, para que se os perdonen vuestros pecados. *Actor. 3. 19.*

DE este modo hablaba en otro tiempo San Pedro, al salir del Cenáculo, á una multitud de Judios consternados y deshechos en lágrimas, despues de haberlos reconvenido con la sangre del Justo, que acababan de derramar: y despues de haberles ponderado la enorme culpa de que poco antes se habian hecho reos: todavia os queda un remedio, les decia Católicos, el principal distribuidor de las gracias de la Iglesia: vuestros pecados han llenado la medida de vuestros Padres, habeis despreciado el don de Dios, os habeis separado como anathemas de la esperanza de Israel; pero el Señor os ha mirado con ojos de misericordia, y vá á derramar su espíritu sobre toda la carne, tanto sobre sus siervos, como sobre sus enemigos, y sobre las almas justas, como sobre las que han estado sepultadas en la impiedad: el cielo se vá á abrir sobre la tierra, y por último los prodigios de la gracia y de la misericordia de Dios van á santificar todo el Universo. *Dabo prodigia in caelo sursum, & signa in terra deorsum.* Aprovechaos, pues, de este tiempo de propiciacion: presentad á la misericordia y perdon que os ofrece el Señor, unos corazones deshechos con el arrepentimiento: disponed vuestras almas con las mortificaciones de una saludable penitencia para recibir las abund

abundantes gracias que nosotros, como Ministros y dispenseros, vamos á distribuir: *Pœnitentini igitur, & convertimini, ut deleantur peccata vestra.*

Pues lo mismo os digo yo hoy, Católicos, en unas circunstancias muy semejantes á aquellas: vosotros habeis tenido la desgracia de olvidaros de Dios, de violar su santa Ley, y de crucificar á Jesu-Christo en vuestros cuerpos, haciendo que vuestros miembros sirvan á las infames pasiones: pues ved aquí un tiempo de salud y de reconciliacion: se os van á ofrecer todas las gracias de la Iglesia: el don de Dios, y la efusion de su espíritu vá á santificar toda la carne: á todo pecador se le ofrece el perdón: la Iglesia, compadecida de vuestras desgracias, abre sus tesoros para pagar ella misma el precio de vuestra libertad: conformaos, pues, con las ideas de misericordia y bondad que tiene para con vuestras almas. Detestad las culpas que os han hecho necesaria su indulgencia: despedazad vuestros corazones con un verdadero arrepentimiento, pues este es el único medio de que os sea útil: quanto mas parece que afloja la Iglesia en su severidad, mas debéis compadeceros vosotros de vuestras miserias, y no convertir sus favores en motivo de impenitencia: *Convertimini igitur, &c.*

Las gracias, que en estos dias de misericordia vá á derramar la Iglesia sobre todos los fieles, solamente se conceden atendiendo á nuestra flaqueza, y no por condescender con ella; para ayudarnos en nuestra penitencia, y no para escusarnos de ella; para recompensar nuestra compuncion, y no para debilitarla; y asi estas gracias son (como lo podéis conocer claramente) suplemento de nuestra flaqueza, socorro de la penitencia, y recompensas de la compuncion: explicaré estas principalisimas verdades.

PRIMERA REFLEXION.

DIXE primeramente, que son suplemento de nuestra flaqueza: porque es una verdad eterna que el hombre por el pecado se hace responsable á la divina justicia, y que no se puede reconciliar con ella, á menos que sufra la pena debida á su iniquidad: para que el pecado se perdona es necesario que sea castigado; pero como toda la vida del pecador, que se ha olvidado de Dios, debiera ser una continua penitencia; como todas las criaturas que han servido á sus pasiones debieran servir de instrumento de sus penas; como le están prohibidos todos los placeres; como él solamente se puede permitir, por pura gracia, aquellos alivios que se conceden á la inocencia; como su cuerpo, que siempre ha servido al pecado, no debiera servir mas que á la penitencia; y como muchas veces su flaqueza no le permite aguantar esta carrera larga y penosa, ni reparar con satisfacciones proporcionadas sus enormes y repetidos delitos, la Iglesia, atenta siempre á facilitar á sus hijos los caminos de la salvacion y de la vida eterna, los alarga la mano, por decirlo asi, para que no desmaye su flaqueza con lo áspero del camino: ofrece á la justicia de Dios los tesoros de que es depositaria; y con este precio libra al pecador de alguna parte de las maldiciones á que estaba condenado; se vale de la superabundancia de los meritos de Jesu-Christo, y de los de sus Santos, para suplir lo que falta á los obras penosas de un penitente enfermo y debil; y haciendose flaco con los flacos para salvarlos á todos, quiere mas suplir la flaqueza del pecador con su indulgencia, que oprimirle ó deses- perarle por no aflojar en su severidad.

Y asi, Católicos, las gracias de la Iglesia no son mas que alivios para nuestra flaqueza: si vuestras fuerzas son correspondientes á vuestros delitos, si vuestro cuerpo está tan habil para la penitencia como lo ha estado para

el pecado, si vuestros miembros pueden servir á la justicia como han servido á la iniquidad, si teneis con que pagar á un Dios irritado, y con todo eso no os determinais á ello: desengañaos, Católicos, en este caso no es la intencion de la Iglesia libraros de vuestras deudas, ni conceder á vuestra tibieza las gracias que solamente están destinadas para el fervor; ni dar á vuestra abundancia los remedios que solamente son debidos á la necesidad y á la miseria. Sus indulgencias son unas santas limosnas; y así es necesario ser fervoroso, pobre, y hallarse en necesidad para tener derecho á recibirlas: son semejantes á aquel Maná que baxaba del cielo; si solamente las cogéis para amontonarlas, y vivir ociosos, escusandoos el trabajo de tener que hacer todos los dias la misma diligencia, se convertirán en corrupcion y podredumbre; y el regalo del cielo será para vosotros un olor de muerte, y castigo, en lugar de favor.

Quando digo, Católicos, que solamente nuestra flaqueza obliga á la Iglesia á que supla nuestras satisfacciones con la abundancia de sus gracias, no entiendo por flaqueza una culpable ociosidad que nos hace imposible todo aquello que nos molesta, ni un sensual desmayo que nos hace estremecer, solamente al oír los nombres de austeridad y trabajos, ni un excesivo cuidado de nosotros mismos, que hace que todo lo que mortifica al apetito sea perjudicial á la salud, ni un habito de amor propio, que hace que todo lo que nos es cómodo y agradable nos sea necesario: Estos mas son motivos de penitencia que de indulgencia y de gracia: tampoco entiendo por flaqueza un vano respeto á la clase y nacimiento, que nos persuade á que podemos separar de las obligaciones de Christiano y de pecador lo que concedemos á las personas públicas y distinguidas; como si las obligaciones del estado fueran incompatibles con las del Evangelio, ó como si una elevacion, que muchas veces ha sido la causa de

nues-

nuestras culpas, pudiera escusarnos de una penitencia á que ella misma nos obliga.

Hablo de una verdadera imposibilidad para poder sufrir la carrera y el rigor de los trabajos conformes á la regla y al espíritu de la Iglesia, y digo; que compadecida la Iglesia en este caso de nuestro estado, del deseo que tendriamos de expiar nosotros mismos nuestros delitos, si correspondieran nuestras fuerzas á nuestro zelo, y mirando nuestros deseos como si en la realidad fueran obras, afloxa en su severidad, y nos proporciona el beneficio de su reconciliacion y de sus gracias.

Pero no os parezca, Católicos, que aun en este caso es la intencion de la Iglesia suplirlo todo: quiere que si no podemos ofrecer todo el precio por nuestros pecados, ofrezcamos á lo menos una parte: quiere que saquemos de nuestra flaqueza todo quanto podemos, y que ofrezcamos aun mas de lo que alcanzan nuestras fuerzas, por decirlo así: su intencion es que hagamos los esfuerzos posibles para satisfacer á la Divina Justicia, y que toda nuestra vida sea una continua memoria de nuestras iniquidades, y de las satisfacciones á que estamos condenados; que todas nuestras acciones manifiesten por alguna parte nuestro estado de penitencia; y que hasta nuestros mismos placeres se sazen con la amargura de la penitencia.

Porque sea la que fuere nuestra flaqueza, si estamos sinceramente arrepentidos y convertidos, si el espíritu de Dios ha producido en nuestros corazones la gracia de la compuncion y del arrepentimiento; si el horror á nuestras pasadas culpas ha producido en nosotros movimientos de zelo y de indignacion contra nosotros mismos, (pues estos son siempre los primeros frutos de la penitencia) ¡ah! en este caso no dexaremos de hallar en nosotros con que ofrecer á Dios sacrificios y expiaciones, capaces de aplacar su justicia: sea la que fuere nuestra flaqueza, siempre tendremos

Tomo X.

Aa

in-

inclinaciones que mortificar, deseos que vencer, placeres que sacrificar, abatimientos que sufrir, contradicciones que padecer, y superfluidades que desterrar: sea la que fuere nuestra flaqueza, no nos faltará la fuerza suficiente para negar á los sentidos mil regalos inútiles, para proporcionarlos mil amarguras, que sin minorar las fuerzas debiliten la corrupcion, y para convertir nuestras mismas enfermedades en motivos de penitencia: ¡ah! hacemos tantos esfuerzos por el mundo, por la fortuna, y por los placeres; hacemos aun mas de lo que permite una salud debil y arruinada; nos violentamos, no oímos nuestras mismas reflexiones, sacamos fuerzas de nuestra propia flaqueza, y por último acostumbramos al cuerpo á que nos siga y obedezca; ¿y solamente por el cielo no hemos de hacer experiencia alguna, hemos de medir nuestras fuerzas, ponderar nuestra flaqueza, y nos ha de parecer imposible todo lo que nos cuesta trabajo?

Y no digais, Católicos, que si nosotros estuviéramos obligados á hacer algunos esfuerzos para expiar nuestras culpas con los trabajos de la penitencia, serian inútiles las gracias de la Iglesia; porque por grandes que sean nuestros esfuerzos, por larga que sea nuestra penitencia, por más austéras que sean nuestras satisfacciones, nunca pueden ser proporcionadas á nuestras culpas; nuestras mortificaciones siempre serán menores que nuestros pecados; siempre nos quedaremos muy cortos respecto de lo que nos pide la justicia de Dios; siempre nos veremos precisados, como el siervo del Evangelio, á pedir tiempo; y aunque se nos conceda, siempre estaremos cargados con una infinidad de deudas que no habremos podido satisfacer.

¿Por qué, Católicos, nos persuadimos acaso á que las lágrimas de algunos días, unas leves mortificaciones, algunos ayunos raros y cómodos han de expiar, borrar, y destruir en la presencia de Dios unas culpas merecedoras de eternos castigos? ¿Nos persuadimos acaso

á

á que unas llamas inmortales, una desesperacion eterna, un gusano que nunca ha de morir, una separacion de Dios irremediable, y una sentencia tan funesta y terrible como la que habiamos merecido, puede commutarse en algunas austeridades momentaneas; y que unas deudas inmensas pueden pagarse con una sola moneda del mas infimo valor? ¡Ah! en otro tiempo la misma Iglesia, mucho mas indulgente sin duda que el Dios justiciero, pues solamente se ocupaba en aplacarle, y en suavizar con los rigores canónicos la sentencia del Soberano Juez, y que castigaba á sus hijos como madre, esta misma Iglesia imponia por una sola culpa muchos años de trabajos y penitencia: ¿y qué penitencias, Católicos! unas abundantes lágrimas, unos ayunos continuados, unas humillaciones públicas, unas austeridades espantosas, unas oraciones largas y frecuentes; la ceniza y el cilicio, la separacion del Altar, de la compañía de los fieles, y de todos los placeres: ¿pues cuáles serán, Católicos, los castigos que la Divina Justicia pide acá en la tierra á la alma impura y pecadora? si el amor y compasion de una madre nos parece tan severo, ¿quál será la severidad del mismo Dios ofendido?

Vuelvo á repetir, Católicos, que sea la que fuere vuestra penitencia, siempre quedareis infinitamente responsables á la Divina Justicia; por mas zelosos penitentes que seais, siempre teneis necesidad de que la Iglesia supla por vosotros: es necesario que socorra vuestra flaqueza con sus gracias, y que ofrezca á Dios los meritos de Jesu-Christo y de sus Santos para dar algun valor á los vuestros; y asi, Católicos, aunque hagais los mayores esfuerzos para satisfacer á la Divina Justicia, siempre serán para vosotros de infinita utilidad las gracias que en este tiempo os concede la Iglesia: éstas igualarán la satisfaccion á que nunca podiais aspirar con vuestras propias fuerzas; con la abundancia de meritos que os aplica, os hallareis en estado de

poder igualar aquella infinita distancia que vuestras culpas habian puesto entre vosotros y el Señor, y que aun quando vivierais muchos siglos, y los emplearais en penitencias, no pudierais igualarlas con vuestras propias fuerzas.

Por eso, Católicos, no hay cosa mas opuesta al espíritu de la fé y á la sana doctrina, que aquella falsa ciencia que se persuade á que las gracias de la Iglesia sirven de poco: que no nos eximen de obligacion alguna para con Dios; que no nos hacen mejorar de condicion; y que un pecador verdaderamente penitente, aun quando no se aproveche de ellas, está tan adelantado en la gracia del Señor, como un pecador penitente que se aprovecha. Este es un error que ha detestado muchas veces la Iglesia con sus anathemas, injurioso á la sangre de Jesu-Christo, y motivo de desesperacion para la flaqueza de los fieles: es verdad que la Iglesia no pretende escusarnos de la penitencia, pues el mismo Evangelio nos declara que sin ella no hay salvacion, y que el orden inmutable de la divina Justicia, turbado con el pecado, no puede restablecerse sino por medio de las penas que le son debidas; pero viendo la Iglesia que nuestra flaqueza nos inhabilita para casi todos los penosos ejercicios que en otro tiempo imponia á los fieles, y que aquellos con que aun podemos cumplir, nunca pueden igualar la multitud y enormidad de nuestros delitos, suple en esta parte con la abundancia de sus tesoros: semejante en esto á aquel Administrador prudente y caritativo, nos perdona la mitad de la deuda, la que nos era imposible pagar, y nos hace firmar cinquenta en donde debiamos ciento: y así igualmente se apartan de su espíritu, y blasfeman del don de Dios los que miran sus gracias como inútiles á la flaqueza humana, que los que las miran como favorables á la impenitencia.

SEGUNDA REFLEXION.

DIxe en segundo lugar, que estas gracias son socorros de la penitencia; y por eso, Católicos, este tiempo de propiciacion debe ser tiempo de consuelo para las almas penitentes: porque una de las mayores amarguras de la virtud para las almas fieles es el ver, quando examinan en la presencia de Dios los desordenes de sus pasadas costumbres, que sus pasiones habian sido vivas, fuertes y continuas; que habian llegado al mayor extremo que podía desear la corrupcion; y que su penitencia ha sido flaca, tibia é imperfecta: esta memoria las asusta é inquieta; el considerar los juicios de Dios tan incomprendibles y terribles, la severidad de su justicia tan diferente de la nuestra, el exemplo de tantos Santos Penitentes, que despues de unas costumbres menos culpables que las nuestras, se han crucificado vivos con Jesu-Christo con las mas extraordinarias mortificaciones, todo esto las atemoriza y acobarda; dudan de la seguridad de su estado, creen que su pasada penitencia no ha sido mas que una ilusion, pierden la paz y la confianza, que es todo el consuelo y toda la firmeza de la virtud, y muchas veces pasan del abatimiento á una peligrosa ociosidad.

La Iglesia, pues, en las gracias que concede en este tiempo á sus hijos, ofrece un remedio para las inquietudes y dudas de las almas fieles y penitentes, é intenta suplir el defecto de su penitencia, porque por mas sincera que ésta haya sido, es casi imposible que no esté mezclada de mil imperfecciones.

Primeramente, por parte de la severidad: ¡ah! nuestra penitencia siempre está mezclada de mil sensualidades que la manchan, que nos hacen perder casi todo su merito, y muchas veces, en lugar de expiar las pasadas costumbres con las mortificaciones y trabajos de la virtud, lo mas que hacemos es expiar las flaquezas y tibia-

biezas de la misma virtud: y así la Iglesia acude á nuestro socorro, llena el vacío de nuestra penitencia, cubre con la caridad, y con la sangre de Jesu-Christo la multitud de nuestras flaquezas y tibiezas, y sin atender á los defectos de nuestra satisfaccion, se contenta con aceptar sus imperfecciones, y dar de su propio caudal lo que falta á nuestras austeridades.

En segundo lugar, por parte del fervor y de la actividad: nuestras penitencias, Católicos, siempre van acompañadas de tibieza y disgusto; en vez de ponernos con un santo fervor de parte de los intereses de la divina Justicia contra nosotros mismos; en vez de armarnos de una indignacion de penitencia y de severidad contra una carne, que ha sido la causa y la raiz de nuestras culpas; en vez de vengar en nuestros cuerpos con una santa complacencia los daños que han ocasionado á nuestras almas; en vez de gozar en las lágrimas y gemidos de la penitencia aquella santa embriaguéz, que antes habíamos experimentado en los injustos placeres. ¡Ah! nos cuestan tanto los mas cortos sacrificios que hacemos á Dios, nos los disputamos por tanto tiempo á nosotros mismos, los hacemos con tanta repugnancia, pagamos de tan mala gana, si es lícito decirlo así, que muchas veces la tibieza con que procuramos aplacar á la divina Justicia por nuestros pasados delitos, es ella misma una nueva culpa; todo quanto hacemos por Dios nos cansa y nos disgusta; aun los mas justos experimentan muchas veces en la carrera de la penitencia, que su corazon se pone de parte de la carne contra el espíritu, su compuncion se entibia, el horror á los pasados delitos casi se borra del todo, la memoria de los beneficios de Dios despierta con mucha debilidad su agradecimiento, y no hay cosa mas comun que los desmayos y tibiezas de la fé en las obras penosas de la virtud. Los principios de la penitencia regularmente son fervorosos, pero poco á poco se van debilitando estos movimientos de la gracia: los objetos de los sentidos que nos rodean,

mi-

minoran la fuerza de estas saludables impresiones; no sentimos tanto nuestras pasadas miserias; aun el mismo espíritu, naturalmente incapáz de fixar por mucho tiempo su atencion en lo que le desagrada y entristece, se aparta como contra nuestra voluntad; y entonces no estando defendidos con una compuncion fervorosa, con un agradecimiento eficaz, con la alegría de un corazon conmovido y dispuesto á entregarse á todo por su Dios, vamos arrastrando por los caminos de la penitencia, murmuramos, como los Israelitas, de que tenemos que andar tanto tiempo por los caminos áridos y penosos del desierto, nos quejamos de la insipidéz del don de Dios, y aun acaso tambien interiormente echamos menos las viandas de Egypto.

Todas estas interiores flaquezas, estas invisibles pérdidas de gracia y de fé, tan inevitables, aun en la virtud mas fiel, minoran en la presencia de Dios el precio y el merito de nuestra penitencia. El Señor separa de las satisfacciones que le ofrecemos todo quanto nosotros cercenamos en el fervor y amor con que se las debíamos ofrecer; porque el Señor no mira á los dones, sino solamente á el corazon; no recibe mas que la mitad de aquellos trabajos en que nosotros separamos el zelo de la penitencia, que es el que unicamente se los puede hacer agradables: pero como estos defectos casi son inseparables de la naturaleza flaca y corrompida, el Señor, siempre rico en misericordias, y que no quiere que se pierdan sus criaturas, sino que se salven, ha dexado á su Iglesia arbitrios y remedios contra las tibiezas de la virtud y de la penitencia; quiere que acepte nuestros imperfectos sacrificios, que cierre los ojos á las infidelidades que con ellos mezclamos, que atienda mas á la sinceridad de nuestra intencion, que á la corrección de nuestras obras, á la flaqueza de nuestra naturaleza, que á la de nuestra fé; y que nos admita en el número de aquellos felices penitentes, que cumplieron la carrera que ella los habia señalado, que nos restituya á la par-

ti-